

NOTA PASTORAL

EN BUSCA DE UNA HISTORIA



Hermanos y hermanas, en mi última nota pastoral, que se publicó el Miércoles de Ceniza, escribí sobre “Nuestro momento apostólico”, este singular “cambio de épocas” que estamos presenciando, en el que la cristiandad llega a su fin y en su lugar surge una nueva era apostólica.

Como ya expuse allí, en esta nueva era apostólica, nuestra Iglesia ya no se beneficia de llevar a cabo su vida y su misión en una cultura de la cristiandad, que, aunque imperfecta a su manera, tenía una visión imaginativa de la realidad que surgía de las verdades de fe cristianas y se alineaba en gran medida con ellas.

En cambio, los cristianos de hoy vivimos en un contexto misionero, como el que experimentaron los apóstoles, en el que nos encontramos cada vez más en desacuerdo con la sociedad en general. Este contexto nos presenta nuevos desafíos y oportunidades para avanzar en la misión de nuestra Iglesia local, es decir, que “en Jesucristo todos puedan ser rescatados y tener vida abundante, para la gloria del Padre”.

Teniendo en cuenta tanto las dificultades como las oportunidades de nuestro panorama cultural, debemos responder con algo más que ajustes en nuestras tácticas. Construir el reino de Dios en un tiempo de misión apostólica invita a nuestras instituciones y a cada uno de nosotros a embarcarse en una “conversión misionera” aún mayor (*Evangelii Gaudium* 30). Esto no quiere decir que todo lo que hemos hecho hasta ahora esté mal; sólo quiere decir que debemos reconocer que las arenas culturales se han movido bajo nuestros pies y que tenemos que responder.

Si queremos predicar y dar testimonio de Jesucristo de forma audaz y convincente en este nuevo tiempo apostólico, debemos abandonar un modo de operar que es más adecuado a un contexto de cristiandad y adoptar un modo apostólico.



¿Dónde debe comenzar este cambio, esta conversión?

Escribo esta nota pastoral para proponer que el primer cambio al que nos llama Cristo, como arquidiócesis, no se encuentra en lo que hacemos, sino en cómo *vemos*.

En busca de una historia

¿Qué quiero decir con un cambio en la forma en que vemos?

Es un hecho ineludible de la existencia humana que estamos destinados a luchar con las profundas cuestiones espirituales de la vida.

¿Quién soy yo? ¿Existe Dios? ¿Cómo debo vivir? ¿Qué me hará feliz? ¿Adónde voy?

Más que conocer el “qué” del universo, necesitamos conocer el porqué. Queremos saber qué significa todo esto. En el fondo, queremos conocer la historia.

A lo largo de los siglos, muchas filosofías, religiones e ideologías han afirmado tener una pista interior sobre esa historia o una respuesta única a esas profundas preguntas, pero cada una de ellas no ha hecho más que representar las mejores conjeturas de la humanidad sobre las posibles respuestas, nuestros propios intentos de llegar a la comprensión.

Lo que es fundamentalmente único en el cristianismo es nuestra afirmación de que la historia que proclamamos no es el resultado del pensamiento humano únicamente, sino que nos ha sido revelada por Dios.

Nuestra extraordinaria profesión es que Dios mismo ha proporcionado respuestas a estas preguntas que están arraigadas en nuestro ser. La Revelación, que se encuentra en la Sagrada Escritura y en la Tradición, nos da la respuesta. No presentan vidas individuales inconexas, sino una historia de salvación: el amor del Padre por la humanidad. Más que una confusa colección de libros dispares, si tienes ojos para ver, descubres en las páginas de la Biblia una narración, contada por Dios a la humanidad, de por qué nos hizo, qué ocurrió para interrumpir su plan y cómo llegó a recuperar su mundo.



La parte más asombrosa de esta historia es que en realidad sucedió. Es el relato de cómo Dios ha actuado en la historia. Es un relato que el hombre ha experimentado, atestiguado y después proclamado.

Sin embargo, demasiados católicos pasan toda su vida sin tener clara esta narrativa, sin que se les presente de forma sistemática y convincente. Incluso los católicos de toda la vida comulgan, bautizan a sus hijos, se casan y van a Misa todos los domingos sin llegar a tener una conciencia profunda del sentido de todo ello. Tienen preguntas que no tienen respuesta.

¿Por qué hay algo en lugar de nada? ¿Por qué todo en el mundo está obviamente tan desordenado? ¿Ha hecho Dios algo al respecto? ¿Por qué existe la Iglesia?

Si queremos respuestas a estas preguntas, necesitamos conocer esta historia.

Por eso, como les han dicho sus párrocos y sacerdotes este fin de semana, desde la fiesta de Cristo Rey hasta la Navidad, toda la arquidiócesis de Denver vivirá un retiro en común. El objetivo de este retiro es simple pero profundo: aprender nuestra historia y lo que significa para nuestras vidas y la vida de la Iglesia.

El contenido de este retiro se impartirá en las homilias de cada domingo, desgranando sistemáticamente la historia de la salvación y apoyándose en cuatro términos clave para guiar su relato: Creados, Capturados, Rescatados, Respuesta.¹

Esta historia suscitará el asombro ante el hecho de que Dios **creó** el insondablemente enorme universo simplemente por amor y nos creó a cada uno de nosotros por deleite ante la posibilidad de que ustedes y yo existiéramos. La coronación de su creación es el hombre y la mujer, creados a su imagen y semejanza y dotados de la bendición de la procreación.

¹ Estos términos están tomados de la presentación del Evangelio que hace el P. John Riccardo en sus retiros y escritos. He tenido la bendición de trabajar con el Padre John y su apostolado "Hechos XXIX" durante el último año. Recomiendo su libro "Rescatados: La inesperada y extraordinaria noticia del Evangelio" para profundizar en estos conceptos.



Desvelará cómo la bendición original para la que fuimos creados se perdió cuando la humanidad fue **capturada**, vendida como esclava al pecado y a la muerte por nuestros primeros padres, Adán y Eva. Al ser “tentado[s] por el diablo”, “[dejaron] morir en su corazón la confianza hacia su creador” (CIC 397). Esta condición de pecado, a la que fuimos vendidos, es algo más que una separación de Dios, significa que estamos cautivos por poderes que escapan a nuestro control. No tenemos ninguna esperanza de salvarnos.

Pero Dios no nos dejó en cautiverio. La historia continuará cuando inmediatamente después de la Caída, en Génesis 3:15, Dios nos habla de la “descendencia” de la mujer que vendrá y aplastará la cabeza de la serpiente. Jesús mismo, el Hijo de Dios, nuestro Redentor, es enviado por el Padre, para traer “la libertad a los cautivos” (Lucas 4:18) y llevarnos a casa. Se hizo hombre para **rescatarnos** del pecado y de la muerte y conquistar todo lo que nos ata.

Esta historia nos lleva a la pregunta crítica que está en el corazón de todas nuestras vidas: si Dios hizo todo esto, ¿cómo debo **responder**? ¿Adónde puede llevarte tu gratitud por alguien que te ha salvado la vida? Y, lo que es más importante, si otros estuvieran todavía perdidos, incluso sin saber que han sido capturados, ¿te sentirías obligado a formar parte de la ayuda para que experimenten la libertad?

Esta proclamación de lo que Dios ha hecho en Cristo, conocida en los círculos teológicos como el *kerigma*, pretende ser algo más que una interesante narración de hechos ocurridos en un pasado lejano. A medida que esta narración se va desgranando a lo largo de estas seis semanas, mi esperanza es que cada católico en las bancas de nuestras iglesias tenga la oportunidad de vivir el “primer anuncio lleno de ardor que un día transformó al hombre y lo llevó a la decisión de entregarse a Jesucristo por la fe” (*Catechesi Tradendae* 25), de modo que esta historia comience a moldear la forma en que vemos nuestras vidas y el mundo entero.

Una cosmovisión bíblica

Estar llenos de ardor y ser movidos a la conversión por esta historia es la pieza central fundacional e insustituible de la conversión misionera que la arquidiócesis de Denver necesita para operar de modo apostólico y no



cristiano. Esto se debe a que el primer elemento necesario para la renovación de la Iglesia no es la planificación estratégica, los cambios de estructura o la doctrina. La batalla inicial es por nuestras mentes y corazones; es una cuestión de *visión del mundo, una cuestión de cómo vemos*.

¿Qué es una “cosmovisión” o visión del mundo? Simplemente, es la lente a través de la cual se ve toda la realidad; nuestra clave interpretativa para la vida. Piensen en los anteojos, los anteojos de sol o los lentes de contacto; cada uno de estos cambia la forma de ver de alguna manera y nuestra visión pasa a estar mediada por esa lente. La frase “anteojos de color de rosa” se refiere a alguien cuya positividad colorea su forma de ver diversas circunstancias. Del mismo modo, las gafas 3D cambian la experiencia de ver ciertas películas.

La tentación, hoy en día, para muchos, es tomar la visión del mundo de un campo ideológico y dejar que eso informe su perspectiva del Evangelio o de “lo que debe hacer la Iglesia”. Derivamos nuestra visión de la realidad del mundo y de las muchas voces que compiten por nuestras mentes y corazones y sólo entonces retrocedimos a un sistema de creencias que corresponde a esta “cosmovisión secular”.

Contrasta esta forma de pensar con el testimonio de Jesús ante Poncio Pilato en el Evangelio de la Fiesta de Cristo Rey,

“Contestó Jesús: ‘Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis soldados habrían peleado para que no me entregaran a los judíos. Pero mi reino no es de aquí’.

Le dijo Pilato: ‘Entonces, ¿tú eres rey?’. Jesús contestó: ‘Tú lo dices. Yo soy rey: **para eso he nacido, para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Quien está de parte de la verdad escucha mi voz (énfasis añadido)**’”.

Una forma de pensar común y mundana intenta adaptar las difíciles enseñanzas de Jesucristo que el mundo secular considera inaceptables. Debemos evitar esta tentación. Jesús no gana ni un solo discípulo porque sus seguidores diluyan o adapten su Evangelio en su nombre, para hacerlo, y por tanto a él, aparentemente más apetecible. Sólo tenemos que ver su enseñanza sobre el Pan de Vida en Juan 6 como confirmación. Jesús dijo a sus



seguidores que la Eucaristía era su cuerpo y su sangre, y les permitió alejarse cuando no era algo que pudieran aceptar.

El Evangelio que predicamos no es un evangelio que hayamos inventado nosotros, sino uno que fue revelado por Cristo. La Iglesia no habla por sí misma, sino que dice lo que ha escuchado de Dios. Escuchamos lo que él ha dicho y lo transmitimos a los demás.

Hermanos y hermanas, pregúntense: ¿cuál es mi visión del mundo, mi cosmovisión? ¿Es una cosmovisión bíblica, conformada ante todo por esta historia? ¿O una cosmovisión secular, moldeada primero por una ideología? Ya sea el consumo, una identidad o un partido político.

Dios nos invita, en esta época apostólica, a ir más allá de las ideologías para “revestirnos de la mente de Cristo” y **volver a adquirir una cosmovisión bíblica**. Tenemos que ver e interpretar los acontecimientos de nuestra propia vida, los acontecimientos del mundo, toda la realidad, a través de la lente esta historia, para dejar que las “palabras y las obras” (*Dei Verbum 2*) de Jesucristo sean la norma de nuestra propia vida y no al revés.

Como C.S. Lewis escribió: “Creo en el cristianismo, ya que creo que el sol se ha levantado, no sólo porque lo veo, sino porque con él veo todo lo demás”.

Los frutos de una cosmovisión bíblica

A lo largo de dos milenios de vida de la Iglesia, los santos han encontrado en el “camino estrecho” (Mt 7:14) que Jesús ofrece un “horizonte nuevo y una orientación decisiva” (*Deus Caritas Est 1*) para su vida y una alegría que nunca creyeron posible. Su perseverancia para “correr la carrera” (1 Cor 9:24) empezó por ver el mundo a través de la lente de la historia de salvación.

Lo mismo es posible para nosotros hoy. La esperanza que necesitamos para navegar e incluso prosperar en nuestra fe en medio del difícil momento cultural en el que vivimos comienza con nuestra visión del mundo y con la forma en que ésta da forma a nuestras mentes y corazones.

¿Qué ocurre en nuestras vidas cuando **volvemos a adquirir una cosmovisión bíblica**?



Llegamos a considerar el lapso de nuestras vidas como un momento breve pero esencial en una gran narrativa épica, que se desarrolla desde mucho antes de que nacióramos y que continúa mucho después de que pasemos a la eternidad. Aceptamos que ninguna vida es un accidente; ustedes y yo hemos sido elegidos, intencionadamente, para desempeñar un papel definitivo en esta aventura épica.

Vemos claramente quién es Dios: que es el Señor, y que está a nuestro favor, por lo que podemos confiar en él. Reconocemos que todo lo que ha hecho para rescatarnos significa que importamos, que nos ama más de lo que podríamos haber imaginado. Entendemos que la misión y la identidad de la Iglesia, en todo lo que enseña y celebra, están orientadas a ayudar a Dios a recuperar su mundo rescatando a sus hijos del pecado y de la muerte... para llevarnos a casa.

Empezamos a ver a ambos lados del velo, a tener un ojo y un corazón en la eternidad y a ver nuestra vida cotidiana a la luz de los misterios sobrenaturales de nuestra fe. Sean cuales sean las dificultades que nos presente la vida, tenemos el valor de aferrarnos a la verdad de que Dios siempre está en movimiento, no se inquieta por el estado de las cosas y al final vence.

El papa Francisco, en su importante exhortación *Evangelii Gaudium*, resumió bien la confianza y la esperanza en Jesucristo que puede aportar esta cosmovisión bíblica:

“Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: ‘Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad’ (2 Co 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica” (Evangelii Gaudium 85).



Estas son las gracias que deseo fervientemente para ustedes, los fieles de la arquidiócesis de Denver, a través de la extraordinaria oportunidad de este Adviento de escuchar la historia.

¡Que este retiro arquidiocesano dé más frutos en nuestras vidas y corazones!
¡Que nos enamoremos del Dios que nos ha amado primero! Que la Virgen de Guadalupe nos guíe en la imitación de su *fiat* y entrega y de su atención a la acción interior del Espíritu Santo.

Los tengo siempre presentes en mis oraciones.

+ Mons. Samuel J. Aquila
Arzobispo de Denver

Nota final: Este tiempo de reflexión y retiro a nivel arquidiocesano será también el primer paso de nuestro proceso de discernimiento arquidiocesano, nuestra implementación de la fase local del Sínodo sobre la sinodalidad convocado por el papa Francisco. Si vamos a empezar a intentar oír la voz del Espíritu Santo a través de este proceso, sabemos que necesitamos la claridad sobre la misión de la Iglesia que sólo puede aportar esta cosmovisión bíblica. Para más información sobre este proceso, visita nuestro sitio web en synod.archden.org/es.